

Cine español

La cosecha del 2000

José Agustín Mahieu

Hay noticias buenas y noticias malas. El cine siempre ha sido un asunto azaroso y nunca ha desmentido esta regla. Por ejemplo, la producción ha aumentado: 92 películas estrenadas, la cifra más alta de los últimos 15 años. No obstante, (noticia mala) la cuota de mercado del cine español descendió al 10% (14,5% en el año 1999) mientras disminuía también la entrada de películas europeas, pero aumentaba considerablemente la de filmes norteamericanos.

Mientras se espera que en el 2001 se produzca una recuperación que eleve la cuota hasta el 15%, hay que examinar con qué materiales se cuenta. Sin duda hay elementos que angustian a los productores, porque se resisten a obedecer a los cálculos de mercado: ese imponderable que se suele llamar talento, tan raro como la imaginación.

Hay que decir que la cosecha del 2000 fue interesante y variada, aunque sin alcanzar cimas artísticas memorables. Una sorpresa –también su premio Goya como mejor película– fue la *opera prima* de Achero Mañas *El Bola*. Es un filme sensible, tan modesto en producción como alto en su forma de incidir en un problema humano y social poco transitado aquí: los malos tratos a los niños por sus propios padres. Además de su imaginativa puesta en escena, el debutante Achero Mañas muestra una gran capacidad para dirigir a sus protagonistas infantiles.

Hubo más debutantes, lo cual puede considerarse como un signo de salud industrial o tal vez como muestra de que llegar a dirigir películas no es tan difícil como antes. En este apartado hubo obras de interés, como *Sé quien eres* de Patricia Ferreyra (otro síntoma es que aumenta el número de mujeres directoras) que construye un denso y complejo relato. A través de una extraña afección mental que trastoca la memoria, lleva a su protagonista (el excelente Miguel Ángel Solá) a recordar su intervención en su oscuro complot político.

Otra mujer, Laura Maña, concibió un filme realmente interesante, *Sexo por compasión*, realizado íntegramente en México, aunque ella y la producción son españolas. El título revela la historia: una apacible ama de casa cuyo marido se aleja sin dar noticia de su paradero, descubre que hace el

bien a muchos vecinos entregándose a ellos. Irónica, divertida y sutilmente feminista, fue otra de las buenas sorpresas del año.

El otro barrio, como *El bola*, tiene que ver con la infancia. Su protagonista es un niño problemático, que mata accidentalmente a un amigo y que deberá pasar dificultades hasta salir de esa situación, internado –prácticamente preso– en un centro de reeducación de menores. Esta obra dirigida por Salvador García Ruiz es un inteligente análisis de conductas y, como alude el título, muestra el paso entre dos ámbitos distintos.

Hubo más debutantes: Daniel Monzón, antes crítico, pasó a la dirección con *El corazón del guerrero*, una divertida sátira de los «comics» estilo *Sword and Sorcery* hecha con humor y evidente afición al género; Cesc Gay, que había realizado en Nueva York un pequeño filme experimental bastante imaginativo, dirigió a su regreso, con más medios, una comedia juvenil bastante desenfadada, *Krampak*, con tintes gay.

El apartado gran producción –con pretensiones de éxito comercial– fue llenado por *La comunidad*, de Álex de la Iglesia, divertida comedia esperpéntica con abundantes recursos espectaculares. Cumplió su objetivo con un gran éxito de público, pero no va demasiado lejos.

El segundo mayor éxito de recaudación fue para *Año Mariano* (Fernando Guillén Cuervo, Karra Errejalde) con resultados artísticos mucho más bajos que en la anterior. Es una burda sátira a ciertos fanatismos religiosos aprovechados para estafar a los crédulos, lo cual no estaría mal si se hubiese tratado con menos torpeza.

Hay que recordar asimismo las obras presentadas por autores de larga trayectoria como José Luis Borau, Gonzalo Suárez y José Luis Garci. Del primero se vio *Leo*, un interesante relato sobre vidas torturadas por la pasión y el odio, que además –cosa rara en el actual cine español– se aparta del clásico ambiente de alta o media burguesía para internarse en un mundo de bajo poder adquisitivo.

Gonzalo Suárez, un escritor que a veces hace cine «para estirar las piernas», se aleja esta vez de sus fascinantes relatos literarios para acercarse en *El portero* a una historia más sencilla pero original: un portero de fútbol que recorre los depauperados pueblos de la posguerra con una portería a cuestas, apostando a que detendrá los penaltis que le tiren. En cuanto a José Luis Garci, constante candidato al Oscar (ganó una vez, perdió otras tres) presentó *You are the One*, un correcto melodrama muy bien realizado, donde desde el título a su fotografía en blanco y negro, evoca al gran cine norteamericano de los años 40. A pesar de ello no consiguió la candidatura. Tal vez, como en el dicho latinoamericano, porque fue como llevar «naranjas al Paraguay».

En un grupo de películas valiosas, debe figurar *Obra Maestra*, de David Trueba, ácida y divertida historia de dos impresentables aspirantes a cineastas que para ello secuestran a una actriz famosa. También poseen virtudes dos *road movies* muy interesantes: *Fugitivas* (Miguel Hermoso) y *Kasbah* (Mariano Barroso) que cumplen las reglas del género a través de dos ámbitos exóticos: el sur de España hasta Cádiz y el sur de Marruecos.

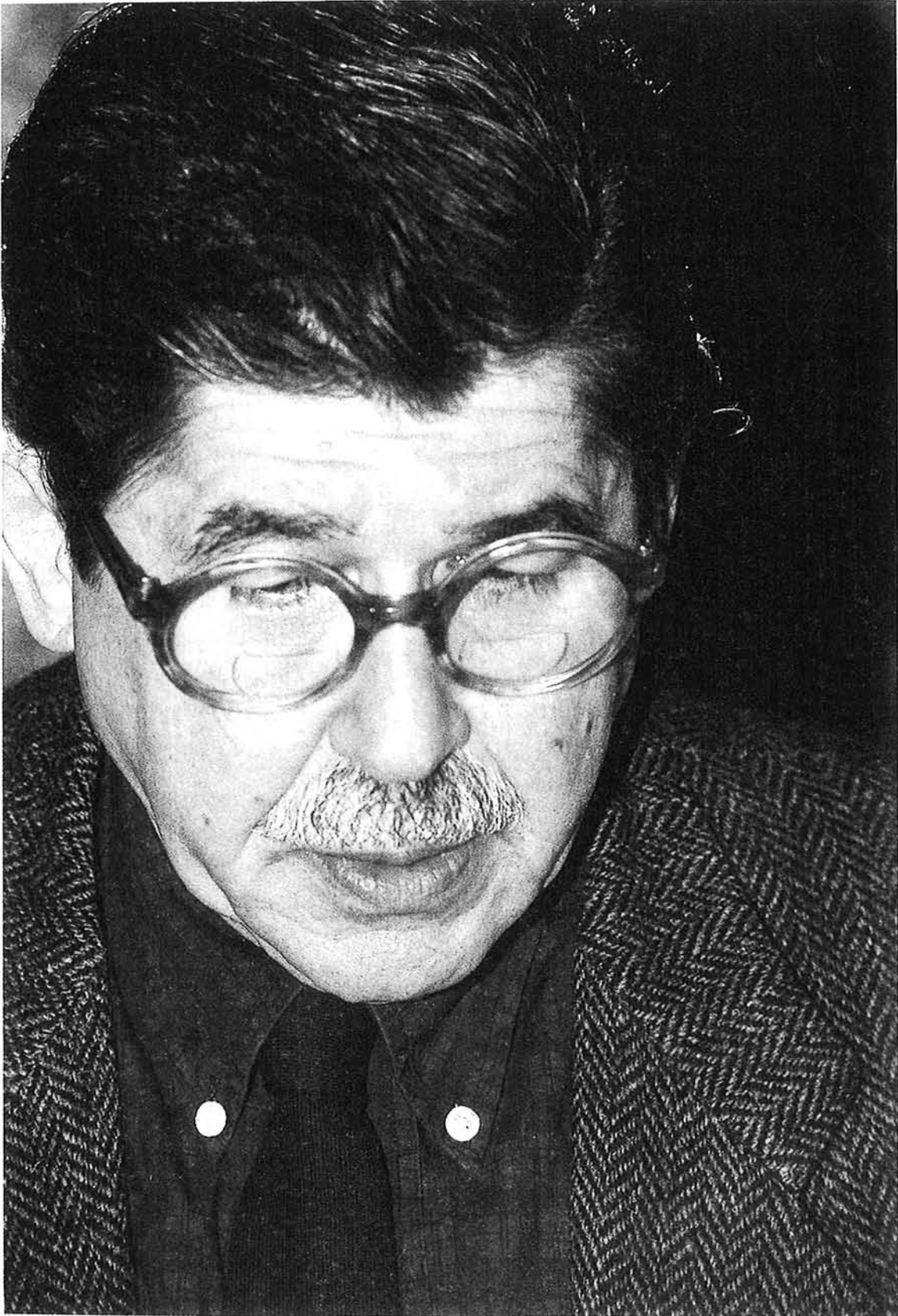
Hay un género –o mejor dicho una elección cinematográfica– que es habitualmente menospreciado por la industria del espectáculo: el documental. El cine español contó en el 2000 con tres ejemplos relevantes; *Calle 54* de Fernando Trueba, *La espalda del mundo* de Javier Corcuera y *A propósito de Buñuel*, dirigido por Javier Royo y José López-Linares.

Calle 54 es un atractivo muestrario de las corrientes de la música latina desde el bolero hasta la salsa y sus cruces con el jazz. Tanto la música como el montaje son excelentes. *A propósito de Buñuel* muestra la trayectoria y la creación fílmica del gran aragonés desde el estallido de *Un chien andalou* hasta su canonización actual. Muy buena, aunque sin superar la notable investigación de su anterior trabajo, *Asaltar los cielos*, la vida del asesino de Trotsky. Por último *La espalda del mundo*, producida y orientada por Elías Querejeta, muestra con talento y profundidad tres visiones de la intolerancia: la miseria infantil en Perú, la persecución de los kurdos por el gobierno turco y la forma más refinada del crimen legal, la pena de muerte. Realmente notable.

Hay un capítulo especial en el panorama del cine español: las coproducciones. Algunas son francesas, casi siempre baratas; la mayoría hechas en Latinoamérica; curiosamente, hay una portuguesa (*La carta*) del nonagenario y genial Manoel de Oliveira. Pero la mayor contribución viene de Hispanoamérica. Las hay de todo tipo y color. Quizá la más notable sea *Plata Quemada*, del argentino Marcelo Piñeyro, sobre la novela de Ricardo Piglia. De Perú vino *Pantaleón y las visitadoras*, divertida adaptación de la obra de Vargas Llosa hecha por Francisco Lombardi, el realizador más interesante de aquel país, aunque ésta no es su mejor obra. Y de Cuba llega *Lista de espera*, simpática historia dirigida por Juan Carlos Tabío.

Un caso especial es *La Virgen de los Sicarios*, excelente filme del franco-iraní Barbet Schroeder (que rueda en Francia, Estados Unidos y ahora en Colombia, donde pasó su infancia) y que también fue productor de muchos filmes de Eric Rohmer.

Che, hasta la victoria siempre de Juan Carlos Desanzo y *Operación Fan-gio*, de Alberto Lecchi, son dos producciones menores del cine argentino. De este último es *Nueces para el amor*, bastante mejor.



Alfredo Bryce Echenique.